



la Iglesia en el mundo de hoy

CARDENAL TARANCON: «LOS PROFETAS DE CALAMIDADES NO MERECEAN QUE SE LES TENGA EN CUENTA»

La postura del derrotismo sistemático no es ni cristiana, ni constructiva, ni patriótica

«Los profetas de calamidades» titula esta semana su habitual carta de los domingos el cardenal Tarancón. Analiza en ella la necesidad de mantener la esperanza, tanto en la vida de la Iglesia como de la patria, y critica la postura de cuantos sistemáticamente se dedican a difundir visiones de amargura y derrotismo.

Dice el arzobispo de Madrid en su carta:

Han existido siempre personas pesimistas que todo lo ven negro y pasan su vida anunciando calamidades. En momentos de evolución, particularmente, cuando las estructuras y las formas de vida inician cambios importantes, proliferan de manera prodigiosa esos «profetas de calamidades» que llaman la atención sobre los peligros inminentes y graves de los cambios.

Cuando Juan XXIII anunció la celebración del Concilio Vaticano, ante el asombro del mundo, empezaron muchos a anunciar infaustos sucesos para la Iglesia. Los conflictos que se han producido después, en el seno de la Iglesia, como consecuencia ineludible de la renovación, les están sirviendo ahora a esos mismos profetas para pronosticar mayores males que no podrían evitarse más que manteniendo a rajatabla las estructuras y las formas de vida anteriores al Concilio.

El Papa se vio obligado a aludir a ellos en el discurso de apertura del Concilio. Son «quienes en los tiempos modernos no ven otra cosa que prevaricación y ruina». Y añadía Juan XXIII a continuación: «Nos parece necesario decir que disentimos de esos profetas de calamidades.»

El tiempo va dando la razón a aquel Pontífice. La Iglesia no sólo no se ha hundido, como ellos pronosticaban, sino que va purificándose, por la misma fuerza de las tensiones —es ésta una prueba permitida por Dios—, y va presentado cada día una faz más pura y evangélica ante el mundo moderno.

También en España, y en cuanto al desarrollo y destino de nuestro pueblo, nunca han faltado las voces agoreras. Y algunos hechos antiguos o recientes, en los que sin duda se ha desbordado la pasión radicalizando actitudes y posturas, les hacen sentar tesis catastróficas: «España es un país ingobernable», dicen con énfasis. «El reconocimiento de la libertad en el campo político y social nos llevará a la ruina», afirman particularmente los que gozan de cierto poder.

En estos momentos de transición que estamos viviendo es lógico que vuelvan a aparecer esos profetas conminándonos con todos los males si se abre un proceso democrático o se cambian de alguna manera las estructuras económicas, políticas o sociales.

Creo sinceramente que esa postura pesimista, quizá mantenida de buena fe por algunos, manifiesta una falta de fe y de confianza en las virtudes de nuestro pueblo, que si no se han podido manifestar abiertamente en todas las ocasiones, ha sido por falta de cauces adecuados o por falta de una maduración humana, que la poca cultura de las masas o el radicalismo de los dirigentes han propiciado.

Creo, además, que esta postura no es cristiana. La esperanza —virtud básica del cristiano peregrinante— no se refiere exclusivamente al más allá. El reino de Dios se inicia en este mundo.

El pesimismo es enervante. La falta de

confianza engendra fácilmente la depresión que, aunque parezca paradójica, induce a los radicalismos. Lo que se afirmó del Cid: ¡Qué buen vasallo si tuviese buen señor!, se puede aplicar —se debe aplicar— a nuestro pueblo. Durante el último año ha dado unas pruebas de serenidad y de madurez realmente extraordinarias.

La responsabilidad mayor en estos momentos pesa sobre los dirigentes, no sobre el pueblo. Tanto los dirigentes políticos como los económicos —y también los dirigentes religiosos— tenemos el deber de encauzar esta potencialidad de nuestro pueblo capaz de construir un futuro mucho mejor —más humano, más fraterno y más cristiano— para nuestra Patria.

No prestemos oídos a los profetas de calamidades. Podemos evolucionar para adaptarnos a las necesidades y exigencias del momento actual —el momento de España y de Europa—, sin traumas excesivos, si los que tenemos responsabilidad social sabemos confiar en el pueblo, orientando sus deseos de paz, de bienestar, de convivencia fraterna.

Los «profetas de calamidades» no merecen que se les tenga en cuenta. Por patriotismo y por fe.